

—Paso, caballero—dijo Don Alonso apartándolo.

Don Leonel se sintió indignado, pero no pudo ni lanzar ya una exclamacion, ni moverse siquiera.

Doña Esperanza, altiva y desdeñosa, se unió al brazo de Don Alonso, y se retiró sin mirar siquiera á su primo.

Cuando Don Leonel alzó el rostro, no estaba junto á él mas que Doña Catalina, que lo miraba amorosamente.

XXXI.

De cómo la vieja Doña Catalina oyó terribles verdades.

Doña Esperanza, con el alma destrozada, llegó hasta la cámara nupcial, seguida de Doña Catalina, la anciana, que habia servido para formar todo aquel enredo, y de otras varias personas.

Don Alonso queria representar el papel de marido joven y apasionado, á pesar de la frialdad y esquividad de Doña Esperanza.

—Señora y esposa mia—la dijo—permitidme tomar asiento á vuestro lado, en este para mí el dia mas feliz de mi vida.

—Libre y dueño sois de hacerlo—contestó con indiferencia Esperanza—tanto mas, cuanto que aquí delante de estos testigos quisiera deciros algo que me interesa.

—Hablad, señora; ¿qué cosa no haré por complaceros?

—De poca cosa se trata, señor.....

—Decidme esposo, Alonso si quereis; pero apartad de nosotros esas ceremoniosas palabras de señor, etc.

—Pues bien, Don Alonso.

—¿Otra vez, esposa mia? Suprimid el Don.

—Perdonad; eso lo hará el trato y la costumbre.

—Bien, esperaré, y ojalá sea pronto: ¿conque decíais.....

—Decia yo que supongo que tendreis para mí y para vos otra casa que no sea esta.

—¿Otra casa, Esperanza? ¿pero cuál casa? ¿caso no es vuestra esta? ¿no sois su dueña y señora como única y universal heredera de vuestro padre D. Pedro de Mejía?

—Aun no he entrado en posesion de esa herencia.

—No le hace; vos sois dueña y señora de todo, y nadie se opone á ello.

—No importa; quisiera yo vivir en la casa de mi marido, en la que debe ser mi casa.

—Esperanza, mi casa, es decir, esa que ya es vuestra, no es digna de recibiros.....

—La habitacion del esposo es siempre digna de recibir á su esposa, cualquiera que sea la categoría de ambos, cualquiera que sea la distancia que los dividia antes del matrimonio.....

—Pero.....

—Creed que no admitiré disculpas; enviad á preparar allá nuestras habitaciones, porque estoy decidida á no permanecer en esta casa ni dos horas mas.

—Pero, señora.....

—No quiero, no me conviene permanecer aquí por mas tiempo, ¿lo oís? y seria sensible para mí verme contrariada en los primeros momentos de mi vida y en una cosa tan justa como la que deseo.

Doña Esperanza habia tomado un aire de resolucion tal y hablaba con tanta firmeza, que Don Alonso no se atrevió á contradecirla, y contestó con resignacion:

—Sereis servida.

Don Leonel habia sido conducido por Catalina á uno de los salones de la casa, y á pesar de que Doña Esperanza estaba en la misma casa, como ésta era tan grande, unos en una ala del edificio y otros en otra, permanecian como independientes.

Don Leonel estaba sombrío, y no hablaba ni un palabra; Catalina le contemplaba tambien en el silencio.

Por fin ella se atrevió á hablar.

—Permitidme—le dijo—que os advierta, Don Leonel, que eso que conmigo haceis es muy poco galante, no solo para la mujer á quien hace poco jurábais amor eterno, sino hasta para una dama con la cual no os uniesen relaciones sino de simple conocimiento.

—Perdonadme, señora, teneis razon; conozco que he andado torpe y que teneis razon de sentirlo; pero hay acontecimientos que afectan de una manera muy profunda.

—Creia yo que ya no amábais á vuestra prima.

—Señora, perdonadme esta ruda franqueza; yo ereia tambien lo mismo, porque estaba seguro de mi amor.....

—¿Y os habeis equivocado?

—Ciertamente.

—¿Es decir que la amais aún?

—La amo y estoy desesperado.

—¡Caballero!—exclamó Doña Catalina levantándose furiosa—¿estais loco para hacerme á mí una confesion semejante?

—No sé si estoy loco, señora; pero no sé tampoco lo que me pasa.

—¡Caballero!

—Es la verdad, señora, es la verdad, y no me es posible fingir; en este momento siento que mi cerebro estalla.....

—¿Y el amor que me jurásteis?

—Señora, os amaba, sentia por vos pasion; pero amo á Esperanza, la amo, señora.

—¿Entonces era un capricho lo que sentíais por mí?

—No sé cómo explicaros esto.

—Caballero, hacedme la gracia de salir de mi casa—dijo Doña Catalina mostrándole la puerta con ademan terrible.

—¡Señora!—contestó Leonel levantándose pálido como un cadáver.

—Sí, salid de mi casa; jamás hombre alguno se ha permitido semejante cosa: salid, salid, y tened entendido que yo sabré vengarme de vos y de esa mujer.

—¿De ella? ¿y por qué?

—Porque ella es la causa de esta herida que haceis á mi orgullo; porque, ahora os lo confieso, habia llegado á amaros, á amaros de veras, como no habia amado nunca á nadie; porque habia yo consentido ya en ser algun dia vuestra esposa, sí, y por esa mujer que os ha olvidado, me injuriais: idos, Don Leonel; os aborrezco, os desprecio: idos, y cuidad de vos, porque me vengaré, os lo juro, me vengaré.

Y Catalina, agitada y con el rostro encendido por la ira, salió de la estancia, cerrando tras sí violentamente la puerta, y dejando á Don Leonel espantado de aquella fogosidad de pasiones que no conocia.

El jóven tomó su sombrero, y como un loco salió á la calle, sin saber adónde dirigirse.

Catalina entró á su aposento trémula y palpitante, se arrojó en un sitial y rompió en llanto.

¿Eran las lágrimas del dolor, ó las de la desesperacion? Ella misma quiso saberlo; pero pensó en que no volvía á ver á Don Leonel, y el llanto fué mas abundante. Entonces comprendió su desgracia; estaba verdaderamente apasionada de Don Leonel.

Poco despues llamaron á la puerta; Catalina limpió sus ojos violentamente y procuró tomar un aire sereno y tranquilo.

—Que pasen—gritó.

La puerta giró sobre sus goznes, y la vieja Doña Catalina entró al aposento.

—Hija mia—le dijo—todo está terminado: Don Alonso de Rivera es, como lo viste ya, el esposo de Doña Esperanza ante Dios y los hombres, y gracias á mí, vosotros sois ya legítimos dueños de las riquezas de Don Pedro de Mejía.

—Me alegro—contestó secamente Catalina.

—¡Válgame Dios!—dijo la vieja—qué frialdad para recibir una noticia tan grande! Pues no creas que no ha costado mucho trabajo conseguirlo; la tal jovencita tiene un carácter de hierro, y estaba apasionada del Don Leonel con todas las fuerzas de su alma.....

Catalina necesitó hacer un esfuerzo muy grande para no volver á llorar.

—A no haber sido—continuó la vieja—por el ardid de que me valí, es casi seguro que haciéndola cuartos, todavía no se hubiera conseguido nada; pero los celos, ¡los celos! ¡oh! por los celos son los hombres y las mujeres capaces de hacer cualquiera locura.

—Es verdad—murmuró Doña Catalina, porque aquellas palabras de su madre contestaban á sus mismos pensamientos.

—Lo dices eso con un tono, que parece que tú tambien estás celosa: sea por Dios, aquí todos están locos; quizá se te meta á tí el demonio de tener celos de Doña Esperanza.

—¿Por qué? ¿por qué?—preguntó furiosa Doña Catalina,

como si su madre hubiera penetrado en su corazón y adivinado lo que en él pasaba.

—Vaya, que estás hoy furiosa; pero ya voy creyendo que te has encelado por esa muchacha.

—¡Madre, por Dios!

—Lo dicho; á tí te pasó lo que sucede siempre: decías que ya no amabas á Don Alonso, y al ver que le perdías, se te ha encendido la pasión, y das á conocer que le quieres; así sucede, es la verdad.

Como aquello era lo que había pasado á Don Leonel con Esperanza, y Catalina lo sabía, las palabras de la vieja le hacían un efecto terrible; parecía que eran estudiadas á propósito para herirla por todos lados, para recordar todo lo que había pasado con Don Leonel, para convencerla de que aquel hombre no podía amar á otra mujer mas que á Esperanza.

—Así es el corazón—continuó la vieja—se apasiona cuando no debiera, deja pasar la dicha á su lado sin advertirlo, ó la desprecia; ama lo imposible, nunca encuentra amor correspondido; es el trabajador constante de su desgracia, y..... ¿pero qué es esto? ¿te pones mala?

En efecto, Doña Catalina se había dejado caer desvanecida sobre una mesa que estaba á su lado.

—Cuidado, muchacha—decía la vieja procurando hacerla volver en sí;—vamos, ¿qué, te has vuelto sensible cuando menos lo temía yo? ¿Ha pasado?

—Sí—contestó Catalina—fué un ligero desvanecimiento.

—¿Pero qué es esto? ¿qué tienes? ¿ahora lloras? Catalina, ¿qué te sucede? todo esto es muy extraño en tí: dime, no me ocultes nada.

—Señora, soy muy desgraciada.

—¿Desgraciada tú, ahora que eres rica? ¿cuando eres joven y bella?

—Sí, soy desgraciada.

—¿Pero por qué?

—¿Creeis, señora, que ese Don Leonel me ha despreciado, y lo que es mas, me ha confesado que ama aún á Doña Esperanza?

—¿Y eso te apura? Vaya que eres tonta: tú, tan joven y tan hermosa, puedes tener aún cien amantes mejores que ese mozuelo, y ahora rica, aun cuando estuvieses como yo, te sobrarian amantes: si yo no hiciera ya tan poco caso de todo eso, con lo que yo poseo, que no es ni la décima parte de lo que tú tienes, me alcanzaria para proporcionarme diez amantes, apuestos, jóvenes y buenos mozos.

—Pero, madre.....

—¿Ya tenias capricho por él? lo comprendo; yo tambien en mis mocedades tenia capricho por algun mozo de los de mis tiempos, y sin darme razon yo misma del por qué; pero estos caprichos me preocupaban, y como yo era tan guapa como tú, no paraba hasta que me salia yo con la mia: así es que no te desesperes; ese joven volverá y caerá á tus piés; con tu cara y tu garbo no se resiste tan fácilmente un hombre: esa historia del casto José, solo porque está en la Biblia la creo; la verdad es que la mujer debe haber sido ó muy fea ó muy tonta; pero ahora ya no hay de esos Josés, y los hombres dicen que nosotros somos débiles; pero ellos.... ya, ya verás.

—No, madre, no es un capricho, os lo confieso; yo estoy enamorada de Don Leonel, celosa, sí, horriblemente celosa de Doña Esperanza.

La vieja soltó una carcajada de burla, que hizo estremecer

á Catalina, que como todas las mujeres, habia tenido su época de ser espiritual.

—Cosa mas divertida!—decia sin poder contener su risa la vieja;—¿tú enamorada? ¿tú, mi hija, criada en mi seno y educada con mis ideas? Vamos, Catalina; si no estás loca, no sé cómo tienes valor de decirme semejante cosa, á mí que sabes que no creo en esas pasiones de leyenda, y que te conozco á tí como que eres mi hija, y que te he criado y educado, y que te he visto cambiar de amantes como de trages.

—Es verdad eso por desgracia; pero tambien lo es que yo amo á ese hombre.

—Pero aun suponiendo que eso sea así, ¿qué te impide que tú tengas amores con él? Ni tú ni él sois casados; ya te habrás vuelto escrupulosa, sin recordar que tu padre mismo era un hombre casado, y no conmigo.

Por acostumbrada que estuviera Catalina al lenguaje cí-nico y soez de su madre, sin embargo, en aquellos momentos le hizo una impresion dolorosa; la mujer vulgar estaba enamorada, y el amor la enaltecía; la Mesalina se tornaba en Magdalena.

—¡Por Dios, madre!—exclamó—no me habéis así, os lo ruego por Dios, no me habéis así.

—¿Pero qué es esto? no te conozco; pero si amas á ese hombre, no sé para qué demonio puedas quererlo.

—¡Madre!

—A no ser que te figures que pueda casarse contigo.

—¿Por qué no? si le amo, si él puede volver á amarme.

—¡Válgate Dios! ¿estás loca? ¿piensas que hay dos Pedros de Mejía? Vamos, Catalina, vuelve en tí, y confórmate con el papel que te ha tocado en el mundo, sin andar pensando en locuras.

—Pero sí, yo seria muy feliz con ser su mujer—contestó Catalina con esa terquedad propia de los enamorados.

—Eso es imposible.

—¡Imposible! ¿por qué?

—¿Crees, tonta, que ese hombre no sabrá lo que eres y lo que has sido, que si lo sabe antes no te tomará nunca por su mujer, y si lo sabe despues del matrimonio, no te arrojarán de su casa sus lacayos? ¿crees que no conozca á algunos de los muchos que te han llamado suya en México, que han gozado de tus encantos? Oh! desengáñate y no quieras volar mas que hasta donde puedas.

—Pero si él conociendo mi vida.....

—¡Locura! ¿se uniría contigo nunca cuando supiera que desde los quince años de tu vida estás entregada al vicio, y que desde esa edad comercias con tu hermosura?

—Decid mas bien—exclamó Catalina furiosa—que vos sois la que habeis comerciado conmigo, la que entregásteis mi virtud y mi inocencia, la que procuró corromper siempre mi corazon y mancillar mi espíritu como mancillásteis mi cuerpo: sí, vos, señora, que no habeis sido para mí una madre, porque no habeis visto en mí una hija, sino una mercancía para enriqueceros.

—Y tú tambien has enriquecido.

—Sí, yo tambien he adquirido á costa de mi honor, esas malditas riquezas, cuyo peso no conocia hasta este momento, porque me siento regenerada, señora, porque abro mis ojos á la voz de la verdad, porque comprendo que soy rica, pero que valgo menos que la esclava mas infeliz; porque con mil tesoros mas de lo que poseo, no conseguiria volver á la inocencia ni á la virtud; porque pobre, miserable y cubierta de harapos, quizá conservaria la ilusion de ser la esposa de un caballero; no tendria que ocultarle mi nombre ni mi

historia, no bajaría mi frente con vergüenza delante de esa Esperanza á quien hemos hecho desgraciada, y que, lo confieso á mi pesar, es mas digna del amor de Don Leonel que yo; yo, que podré comprar amantes como vos decís, pero nunca inspirar una pasión ardiente y pura, una pasión noble: para mí los torpes placeres del amor, pero nunca el dulce goce del alma, del corazón, del sentimiento: estoy condenada eternamente al pecado y á la desesperación.

—Catalina, tú deliras—le dijo la vieja, asombrada del giro que tomaban las ideas de su hija.

—Sí, deliro, deliro porque comprendo lo que encierra de terrible mi situación; porque comprendo lo que soy, lo que valgo en el mundo: sí, señora, esto es lo que me hace delirar: ¿quién soy yo, madre? ¿quién soy? una mujer perdida, deshonrada, que cubre con el oro su vergüenza, que tiene que ocultar para unos su verdadero nombre, que tiene que ser Estela para Don Pedro de Mejía, que engañado le dió su mano, y que no puede dejar de ser Catalina para los demás: Catalina, la desgraciada, la dama de picos pardos, la mujer que ha vendido su amor, que ha comerciado con su belleza, que no puede ni aun alentar la esperanza de ser digna nunca del amor del hombre á quien ama por vez primera.....

La madre escuchaba sin atreverse á contestar aquel torrente de palabras; Catalina estaba como fuera de sí.

—¡Oh! y lo que es vos, señora, me enseñáis el abismo profundo, inmenso, espantoso, en el que estoy sumida, en el que vos me hundísteis, sin mostrarme la luz siquiera de una esperanza: decidme, vos que recordais mi vergüenza y mi rubor con el primero de mis amantes, vos que desvanecísteis mis temores, vos que le ayudásteis á burlar mi candor, haciendo brillar á mis ojos sus joyas y el oro, que

me abandonábais á solas con él para que insensiblemente bebiera el veneno dulce de su seducción, ¿qué hago hoy? ¿qué hago para ser digna del hombre que amo? decidme, señora, vos que sois mi madre.

—El arrepentimiento—dijo como instintivamente la vieja.

—¿El arrepentimiento? ¡Oh! sí, lo sé, lo sé; el arrepentimiento me abrirá las puertas del cielo si persevero en él, si hay un Cristo que me sostenga en mi propósito; pero eso es la muerte, esa es mi despedida de la tierra, ese es el principio de la penitencia y de la austeridad; pero yo no quiero todavía el cielo, señora, porque amo á un hombre, ¿lo entendéis? porque daría todo mi ser daría mi alma porque ese hombre fuera mío, porque sin su amor no comprendo ni la vida, ni el cielo, ni la salvación, porque me habeis perdido para el mundo y para la eternidad: yo amo á Don Leonel, y por él, por él no mas, no por el cielo, siento el haber pecado, porque sin sentirlo he llegado á adorarle; es mi Dios, es mi todo; él mueve mi corazón para aborrecer el cielo en que he vivido; sin conocerle, sin amarle, nunca hubiera pensado en esta contrición que siento por él, y si fuera capaz de perdonarme siquiera mis extravíos, si comprendiera lo que siento haberle ofendido antes de conocerle, ¡oh! sería yo muy feliz, aunque muriera en el acto. Dios mío, ¿por qué no conocí á este hombre cuando era pura? ¿por qué le he conocido ahora que no soy mas que una ramera, una infame?

Y Catalina, sofocada por aquel supremo esfuerzo de pasión y de entusiasmo, cayó de rodillas en el suelo y se recostó en el asiento de un sitial, sollozando.

La madre espantada, la contemplaba en silencio; era la primera vez que el relámpago del remordimiento alumbraba aquel corazón endurecido por el vicio.